



Eje 1: “La integración regional como horizonte”. Geopolítica del poder, soberanía y unidad latinoamericana

Mesa 3: La “otra integración”: la integración de los pueblos

Título de la ponencia: “**Elementos para el análisis del resurgimiento del ciclo progresista en Nuestra América**”.

Autora: Paula Klachko (Coordinadora REDH Argentina, profesora UNPAZ / UNDAV)

Resumen

Hacia el final de la década de los ‘90 y el inicio del siglo XXI, en la mayoría de los países de América Latina y el Caribe, a partir de la propia dinámica de la lucha de clases, los pueblos supimos construir alianzas y disputar poder, para así llegar a constituir gobiernos que comenzaron a cambiar la vida de grandes mayorías nacionales sumidas en la opresión y la explotación. Luego de una fase de repliegue producto de una contraofensiva imperialista, asistimos desde 2028/2029 a un relanzamiento del ciclo progresista en América Latina y el Caribe. En esta ponencia pretendemos poner algunos elementos sobre la mesa para debatir sobre las características de esta nueva fase en esta tercera década del siglo XXI. Pero sobre todo, ponemos el énfasis en la conceptualización misma de la noción de “ciclo progresista”, debatida por estas horas y que no siempre es enunciada con la misma pretensión de significado por lxs diversxs actores.

Palabras clave: ciclo progresista – Nuestra América – segundo turno – geopolítica regional – historia reciente

La definición conceptual de “ciclo progresista”

Elementos para el análisis de su segundo turno en Nuestra América

Hacia el final de la década de los ‘90 y el inicio del siglo XXI, en la mayoría de los países de América Latina y el Caribe, a partir de la propia dinámica de la lucha de clases, los pueblos supimos construir alianzas y disputar poder, para así llegar a constituir gobiernos que comenzaron a cambiar la vida de grandes mayorías nacionales sumidas en la opresión y la

explotación. El hito que abre dicho ciclo progresista en 1999 fue la asunción de la presidencia de Venezuela del comandante Hugo Chávez Frías, a la que le siguieron diferentes triunfos electorales de alianzas políticas que integraron, en mayor o menor medida, a variadas fracciones del pueblo y/o sus intereses, en gran parte del territorio nuestroamericano. En todos los casos ello fue producto de intensos enfrentamientos sociales con gran protagonismo popular que se abrieron paso entre las crisis orgánicas de los bloques dominantes¹. Se configuró así un ciclo político que intentó trazar caminos posneoliberales en el cual se consolidó un núcleo duro bolivariano y un segundo anillo progresista (Klachko y Arkonada 2016)². Tamaña osadía no fue tolerada por las elites serviles, acostumbradas a beneficiarse de la dependencia, y mucho menos por sus amos imperiales. Pero luego de intensos y multidimensionales ataques que generaron un retroceso entre 2015 y 2019, los pueblos de Nuestra América hemos logrado amalgamarnos en nuevos procesos de luchas y en amplias alianzas políticas que, con el masivo voto popular mediante, se vuelven a tornar gobierno en varios de nuestros países.

En esta ponencia pretendemos poner algunos elementos sobre la mesa para debatir sobre las características del relanzamiento del ciclo progresista en esta tercera década del siglo XXI (BORON Y KLACHKO 2023). Pero sobre todo, ponemos el énfasis en la conceptualización misma de la noción de “ciclo progresista”, debatida por estas horas y que no siempre es enunciada con la misma pretensión de significado por lxs diversxs actores.

Comenzaremos primero por exponer cuáles son a nuestro criterio los motivos por los cuales el ciclo progresista no solo no terminó³ con la contraofensiva imperialista agudizada a partir de 2015/16 que lo hizo retroceder, sino que se está desplegando nuevamente desde 2018/19:

1. hay gobiernos populares, los del núcleo duro bolivariano (Cuba, Venezuela, Nicaragua, Bolivia con la breve interrupción golpista de solo un año), que se mantuvieron como el corazón del ciclo progresista y que no permitieron que esa llama se extinga;

¹Como señala Gramsci, “en cierto momento de su vida histórica, los grupos sociales se separan de sus partidos tradicionales, pues ya no son reconocidos como expresión propia de su clase, o de una fracción de ella [...]. Y el contenido es la crisis de hegemonía de la clase dirigente, que se produce o bien porque dicha clase fracasó en alguna gran empresa política para la cual requirió o impuso por la fuerza el consenso de las grandes masas [...], o bien porque vastas masas [...] pasaron de golpe de la pasividad a una cierta actividad y plantearon reivindicaciones que en su caótico conjunto constituyen una revolución. Se habla de «crisis de autoridad» y esto es justamente la crisis de hegemonía, o crisis del Estado en su conjunto” (1975).

² En Arkonada y Klachko (2016) caracterizamos la primera etapa del ciclo progresista del siglo XXI conformada por un núcleo duro revolucionario (Venezuela, Ecuador, Bolivia y, por supuesto, Cuba) rodeado de un segundo anillo progresista (Brasil, Argentina, Uruguay), a los que se suman las exguerrillas devenidas en gobiernos populares del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en Nicaragua y el Frente Farabundo Martí (FMLN) para la Liberación Nacional en El Salvador.

³La del agotamiento del progresismo latinoamericano fue la premisa que argumentaron varios autores que ya venían cuestionando el carácter de “progresista” del ciclo político abierto con el triunfo de Hugo Chávez con los cuales discutimos en el libro recientemente editado “Segundo Turno. El resurgimiento del ciclo progresista en América Latina y el Caribe” (Borón y Klachko, 2023) así como en trabajos anteriores (véase por ejemplo Boron y Klachko, 2016).

2. han retornado gobiernos progresistas como en los casos de Argentina -aún con todas sus debilidades- luego del interludio macrista, de Bolivia un año después del golpe de Estado, de Brasil luego del golpe de estado y su continuación mediante la guerra jurídica, el de Honduras después de 12 años del golpe;
3. la asunción de nuevos gobiernos progresistas en países como México, Colombia, Chile y Perú que habían quedado afuera del primer momento del ciclo; aunque en Perú ya se ha concretado el primer golpe de estado del segundo turno del ciclo y en Chile nos cuesta terminar de definirlo como tal. Aunque en relación a la opción abiertamente neofascista y pinochetista que compitió con Boric en el balotaje sin duda la que ganó es progresista⁴;
4. y por último como el elemento central que explica todo lo anterior: el ascenso de la lucha de clases con movilizaciones y procesos insurreccionales en territorios gobernados por la derecha como Ecuador⁵ (2019 y 2022), Haití⁶ (desde 2018), Chile (2019/2020), y Colombia (2019 y 2021). En los últimos dos casos, son países que se mantuvieron fuera de la primera etapa del ciclo progresista en Nuestra América. Pero también intensos procesos de movilización social que antecedieron a los triunfos electorales en México, Perú y Brasil. Para el caso de Colombia es importante mencionar la ocupación masiva de las calles en apoyo al gobierno de Gustavo Petro ante las reiteradas amenazas de golpe blando durante 2023.

Conceptualización: ¿Podemos hablar de un *ciclo progresista*?

¿Por qué *ciclo*?

Bastante se ha discutido acerca de si la sincronidad de luchas y gobiernos populares de inicios del siglo XXI constituyen un *ciclo* histórico-político o no, debate al que se agrega la conveniencia de utilizar un término tan vago y manoseado como *progresista*.

Hemos considerado pertinente utilizar la noción de “ciclo progresista” para referirnos a un proceso de alcance regional que exhibe una unidad histórica en la que predominan diversas expresiones que indican el avance (no sin contradicciones y, en ciertos casos, algunos retrocesos) de los proyectos emancipatorios latinoamericanos⁷. Dicho avance se produjo mostrando fuerza popular en las calles y accediendo a los gobiernos, los aparatos estatales y las instituciones políticas de diversos países. Se disputaron y conquistaron importantes

⁴Aclaremos que no hemos considerado a los gobiernos de Bachelet como progresistas durante la primera etapa del ciclo.

⁵En Ecuador, la Revolución Ciudadana liderada por el líder exiliado con asilo político en Bélgica, Rafael Correa, obtuvo un contundente triunfo electoral en elecciones regionales de febrero de 2023, pero a pesar de ganar la primera vuelta de las elecciones presidenciales con la candidata Luisa González, no logró vencer a la derecha en el balotaje de octubre.

⁶De Haití podemos decir que por sus alineamientos internacionales con el bolivarianismo además del gobierno de Jean Bertrand Aristide entre 2001 y 2004 desalojado por un violento golpe de estado con injerencia militar directa de los Estados Unidos, hemos considerado también como gobierno progresista a René Preval quien incorporó a su país a Petrocaribe.

⁷Ver, por ejemplo, Klachko y Arkonada (2016); Boron (2012) y Boron y Klachko (2016).

espacios de poder –¡si bien no todo el poder, en cuyo caso hablaríamos de un *ciclo revolucionario!*–, los que a su vez reforzaron la iniciativa popular y garantizaron la conquista de demandas claves que mejoraron las condiciones materiales de vida de las mayorías. Esto, obviamente, en el marco de un proceso de lucha de clases que se intensificó como producto de la reacción de las clases privilegiadas y sus cuadros políticos, intelectuales, religiosos y sociales, amén de sus amos imperiales, que se unificaron para impedir ese avance popular y, de ser posible, ahogarlo en su cuna.

Encontramos adecuado hablar de *ciclo* porque entre 1999 y 2015 la sincronización de gobiernos populares y progresistas surgidos como resultado de la intensificación y masificación de las luchas populares por un lado, y de las crisis orgánicas de las clases dominantes y de representación política por el otro, muestran un hilo de unidad y continuidad en varios países de Nuestra América.

Distintos analistas y grupos de investigación han utilizado el concepto de *ciclo* para referirse a otros procesos históricos. Por ejemplo, el Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina (PIMSA), en sus rigurosos estudios sobre las dinámicas de la rebelión popular en Argentina, lo conciben por analogía con el concepto de *ciclo industrial* de Marx definido como: una “secuencia de períodos de animación media, prosperidad, sobreproducción, crisis y estancamiento” (Marx, 1983: 551, en Iñigo Carrera et al., 2020). Y así lo extienden para aplicarlo a los procesos de lucha:

Un ciclo de rebelión presenta grados crecientes de ‘animación’ de la protesta y de la lucha hasta un momento de extensión generalizada, que lleva a una crisis mediante la cual se realiza una nueva relación de fuerzas, quedando planteada la posibilidad de renovación del ciclo en un movimiento que se desarrolla en espiral. El criterio central para la delimitación de un ciclo es que la forma de lucha más elevada contiene a las formas inferiores, que forman parte de un mismo proceso. Es esa unidad constituida por la confluencia de diversos elementos lo que permite distinguirlo como un ciclo. Dentro de un ciclo delimitamos fases ascendentes o descendentes mirando el proceso desde la clase obrera, atendiendo a los grados de unidad o fractura a su interior y de alianza o aislamiento de la misma con respecto a otras fracciones sociales (Iñigo Carrera et al., 2020: nota 4).

Continuando con esta definición, y también posicionándonos desde el punto de vista de los intereses de las clases y capas populares oprimidas y explotadas, proponemos ampliar la utilización conceptual de la noción de ciclo político, dado que los procesos sociohistóricos que analizamos no están anclados en un territorio específico, sino que entrañan a toda Nuestra América con sus diversidades territoriales y sus diferentes sujetos sociales y políticos. Y, además, tomando la conceptualización leninista de “lucha desde abajo” y “lucha desde arriba” de los pueblos⁸, incorporamos entre los elementos que indican un “ciclo

⁸ Vladimir Ilich Lenin en *Dos tácticas de la socialdemocracia en la Revolución democrática*, de 1905 (varias ediciones), sienta posición en cuanto a qué debería hacer el proletariado ruso respecto a si formar parte o no del

progresista” tanto a las luchas populares, como a la capacidad de constituir alianzas sociales y políticas mediante las cuales disputar el poder para lograr acceder a los gobiernos de los estados. Entendiendo esto último, con Antonio Gramsci, como la trinchera más avanzada de la sociedad civil desde la cual construir poder para la realización de los intereses populares.

Esto es lo que ha sucedido en la llamada “década ganada” del siglo XXI y que consideramos se está retomando desde 2019 luego de cinco años de retroceso. Las alianzas que integraron importantes fracciones del pueblo (hayan logrado estas conducir o no dicha alianza) favorecieron las iniciativas transformadoras o reformistas en varios aspectos y posibilitaron la conquista de históricas demandas convirtiéndolas en derechos adquiridos. Dentro de los marcos del orden social vigente, obviamente capitalista, tales conquistas suponen y necesitan de la lucha política contra las fracciones del capital más concentrado y sus clases y grupos aliados, que no las aceptan a menos que se sustenten en una clara supremacía en la correlación de fuerzas en las calles y urnas. Aun así, los beneficiarios del viejo orden no descansan en su intento de destruir dichas conquistas. Por lo cual la supuesta irreversibilidad de los avances populares es apenas una ilusión, como ya nos ha demostrado la historia. La lucha es y debe ser permanente; así lo entienden las clases dominantes y así debemos entenderla quienes rechazamos su dominación.

Algunos indicadores de un ciclo progresista pueden observarse en los **avances** en cuanto a:

- las conquistas populares respecto de la realización de intereses, sean estos inmediatos o mediatos/históricos;
- los grados de unidad de las clases obreras y el pueblo, además de alianzas con otros grupos o sectores de clases que, aun pudiendo pertenecer a fracciones del capital, se encuentran –o encontraban– excluidas de la posibilidad de realizar sus intereses en gobiernos dirigidos por los cuadros políticos del gran capital;
- en la toma de posiciones de gobierno por parte de esas alianzas, en este período histórico, mediante el voto popular;
- participación popular en la toma de decisiones y emergencia de liderazgos que sintetizan y articulan las demandas sociales;
- en los grados de soberanía e independencia de nuestros países y, por lo tanto, de integración regional;

gobierno provisional que pudiera surgir de esa primera fase revolucionaria de 1905. En dicha fase se desplegaría, en todo caso, una revolución democrático-burguesa conducida por esta clase. Lenin argumenta sobre la necesidad de utilizar las dos tácticas: tanto continuar la “lucha desde abajo”, desde el llano, para preparar la táctica insurreccional y fortalecer a las organizaciones del pueblo; como la de participar en dicho eventual gobierno en la “lucha desde arriba”, para fortalecer desde el aparato del poder el programa mínimo revolucionario, y la instauración y defensa de un régimen democrático aún en los marcos burgueses. En este marco sólo la clase obrera podía garantizar, profundizar y ensanchar los derechos políticos, sociales y económicos del pueblo (clase obrera y campesina) como condición que mejoraría el terreno para la estrategia revolucionaria del socialismo.

- en la calidad de vida de las mayorías populares mediante redistribución progresiva de la riqueza⁹;
- y en la capacidad de defender de manera organizada las conquistas sociales y políticas, lo que implica la defensa de la organización popular misma (en todas sus diversidades) y, por lo tanto, la consolidación de grados de conciencia de clase.

A través de distintas investigaciones que hemos ido publicando, al igual que otros autores, podemos constatar grados de avance en todas estas dimensiones (indicadores) mencionadas durante la primera fase del ciclo progresista y que ahora se estarían, en nuestra hipótesis, retomando desde 2018/2019. Dado que se trata de caracterizar un territorio social tan extenso y diverso como lo es la totalidad de Nuestra América, es preciso tener en cuenta que los procesos tienen variados matices en cuanto a los grados de construcción de poder popular, desarrollo de una conciencia anticapitalista o de enfrentamiento a las clases dominantes. Aun así, en su conjunto heterogéneo remiten a un ciclo que tiene rasgos comunes y una cierta unidad de sentido lo cual explica que se trate de variables manifestaciones de un mismo proceso histórico.

¿Por qué progresista?

Partimos de la necesidad de distanciarnos y diferenciarnos de la noción positivista de progreso que implica un sentido evolutivo hacia un orden capitalista moderno. Por ejemplo, los lemas de “orden y progreso” que utilizaron las élites para ordenar y consolidar los Estados nacionales a imagen y semejanza de sus intereses como oligarquías terratenientes, mineras o esclavistas.

Nada más lejos de nuestra concepción. El progreso humano considerado, siempre observado y analizado desde el punto de vista del interés de las mayorías obreras y populares, remite en su horizonte más utópico al ideal comunista de una humanidad sin clases sociales, sin explotación y sin sus múltiples opresiones. Estas apuntan a inferiorizar y subordinar a las mayorías para continuar con el despojo del trabajo ajeno, la cultura humana y la naturaleza, a los efectos de consolidar y reproducir los privilegios de minorías, a costa del desamparo de las mayorías y de unos países imperialistas sobre otros periféricos y dependientes.

Por el contrario, la noción de “fuerzas progresistas”, remite a aquellas que generan condiciones de acumulación de poder para la transformación social a favor de los pueblos, las

⁹ Álvaro García Linera lo resume muy bien en “La segunda oleada progresista latinoamericana” (2021): el progresismo logró “sacar de la pobreza a 70 millones de latinoamericanos y de la extrema pobreza a 10 millones. La desigualdad cayó del 0,54 al 0,48, en la escala de Gini, y se aplicó un incremento sostenido del salario y de los derechos sociales de los sectores más vulnerables de la población que inclinó en favor del trabajo la balanza del poder social. Algunos países procedieron a ampliar los bienes comunes de la sociedad mediante la nacionalización de sectores estratégicos de la economía y, como en el caso de Bolivia, se dio paso a la descolonización más radical de la historia al lograr que los sectores indígena-populares se constituyan en el bloque de dirección del poder estatal”.

que hacen mejorar el terreno de la lucha de clases, las que consiguen convertir en conquistas algunas de las metas que movilizan a las masas trabajadoras, las que potencian las iniciativas populares y disgregan o destruyen las iniciativas del gran capital, o al menos, las debilitan. En suma, fuerzas que con mayor o menor precisión tienen en su foco el avance –más impetuoso o más moderado– hacia una sociedad más igualitaria, justa y tendencialmente poscapitalista.

Nos parece oportuno recordar que el concepto “progresista” fue aludido con frecuencia por Fidel Castro en su *Segunda Declaración de La Habana* del 4 de febrero de 1962. Por ejemplo, la utilizó para referirse a: “los hombres progresistas, los que luchan por el pueblo y sus problemas”, o a “sectores progresistas de las capas medias”, o a las “capas más progresistas de la burguesía nacional”, o “los elementos progresistas de las fuerzas armadas”, “las masas progresistas”, e incluso señala la “unidad de acción imprescindible entre las fuerzas democráticas y progresistas de nuestros pueblos” (2019).

Pero aquí tomamos la trabajada noción de fuerzas progresistas de Gramsci, quien al analizar al cesarismo como una forma de solución “arbitraria” frente a una situación histórico-política caracterizada por un equilibrio de fuerzas de perspectiva catastrófica, que no siempre tiene el mismo significado histórico, considera que “puede existir un cesarismo progresista y uno regresivo”. Y en seguida define:

El cesarismo es progresista cuando su intervención ayuda a las fuerzas progresivas a triunfar, aunque sea con ciertos compromisos y temperamentos limitativos de la victoria; es regresivo cuando su intervención ayuda a triunfar a las fuerzas regresivas, también en este caso con ciertos compromisos y limitaciones, los cuales, sin embargo, tienen un valor, una importancia y un significado diferente que en el caso anterior. César y Napoleón I son ejemplos de cesarismo progresivo. Napoleón III y Bismark de cesarismo regresivo (Gramsci, 1999: 65).

Y a continuación con su majestuosidad dialéctica lo deja aún más claro:

Se trata de ver si en la dialéctica revolución-restauración es el elemento revolución o el elemento restauración el que prevalece, ya que es cierto que en el movimiento histórico jamás se vuelve atrás y no existen restauraciones *in toto*. Por otro lado, el cesarismo es una fórmula polémico-ideológica y no un canon de interpretación histórica. Se pueden dar soluciones cesaristas aun sin un César, sin una gran personalidad “heroica” y “representativa” (Gramsci, 1999).

Es el ciclo progresista del siglo XXI, con esa sincronicidad de gobiernos populares empujados por las luchas desde abajo, que, luego de un retroceso producto de una brutal contraofensiva imperialista, desde 2018 viene retomando su aliento. Puede percibirse que en la dialéctica revolución-restauración comienzan nuevamente a advertirse mejores condiciones para poner coto o derrotar a la restauración neoliberal. Gramsci explica que lo que torna históricamente eficientes a las fuerzas en pugna es la debilidad constructiva de la fuerza antagónica y que la capacidad de torcer el rumbo de un posible equilibrio catastrófico de fuerzas estará dada por la fortaleza propia que pueda acumular cada fuerza. En este sentido la

capacidad de movilización, así como de representación institucional, la amplitud, el programa y la unidad de las alianzas que componen las fuerzas sociales progresistas serán elementos centrales para su consolidación.

Calidad y cantidad: dos caras de la misma moneda

El hecho de que con el resultado de las elecciones presidenciales de octubre de 2022 en Brasil la región vuelve a estar pintada de “rojo rojito” (cubriendo más superficie aún de la que ocupaba en la primera etapa), corrobora que tanto la calidad de las reformas antineoliberales o estructurales anticapitalistas, como la cantidad de territorio y población abarcadas por esas reformas, constituyen, siguiendo con Gramsci, dos caras de una misma moneda. En este caso: cantidad y calidad importan para confirmar el resurgimiento o relanzamiento actual del ciclo progresista.

Varix analistas vienen caracterizando a esta *nueva oleada*, como la denomina Álvaro García Linera, del ciclo progresista como “más débil”, “más heterogénea”, “más fragmentada” o “más moderada” que la de la primera fase¹⁰. Sin embargo, habría que relativizar esa caracterización teniendo en cuenta los tiempos de desarrollo que llevaron al despliegue de esa primera etapa del ciclo y, aún más, los que insumió la intelectualidad en advertirla. Es decir, nos parece un poco apresurado catalogarla moderada cuando recién está comenzando. Veamos: fue a comienzos de 1999 cuando asumió Hugo Chávez como presidente de Venezuela, pero recién con el intento de golpe de Estado de abril de 2002 (más de tres años después) –derrotado por la movilización popular, la convicción y coherencia de la dirección revolucionaria– muchas de las organizaciones populares y buena parte de la izquierda latinoamericana pudieron superar la desconfianza que tenían sobre un proceso conducido por un militar. El gigante de Nuestra América, Brasil –pieza clave y absolutamente necesaria para emprender la emancipación regional– recién conquistó un gobierno progresista con el triunfo de Lula en las elecciones del 2002. Sin embargo, pese a la radicalidad de algunas de sus propuestas (“hambre cero”, expansión de la inversión social en salud y educación, una reorientación de la política exterior, etc.), no puso en práctica políticas o medidas revolucionarias, como tampoco lo hizo su sucesora, Dilma Rousseff, con un enfervorizado “Chicago boy” como Joaquim Levy al frente del crucial Ministerio de Finanzas. Néstor Kirchner asumió en 2003 y sólo a partir de 2005 pudieron verse las mejoras en la calidad de vida y trabajo de la población. A nivel regional se fueron obteniendo victorias parciales contra el neoliberalismo, como algunas renacionalizaciones de recursos estratégicos y la posibilidad de desandar los caminos de la sumisión a los dictados del imperialismo, cuyo histórico logro fue la derrota del ALCA en 2005 en Mar del Plata. Y es recién en 2008 que se constituye la UNASUR. Así, podríamos seguir poniendo ejemplos que demuestran que no fue

¹⁰Véase los importantes e interesantes artículos del propio Álvaro García Linera (2021) o, por ejemplo, de Alfredo Serrano Mancilla (2022); o de Aram Aharonian (2022), entre otros.

ni rápido, ni homogéneo, el proceso histórico que en su unidad de concepción constituyó un tránsito hacia experiencias más soberanas y de integración que terminaron integrando el ciclo progresista de Nuestra América.

En este segundo turno del ciclo que tiene su punto de inicio en 2018 con la asunción de Andrés Manuel López Obrador (AMLO) en México, podemos afirmar que comienza a consolidarse esa tendencia con la victoria electoral y posterior asunción de Lula a fines de 2022, luego de estar proscripto y encarcelado por el aparato jurídico y mediático al servicio de las clases dominantes, maniobra pergeñada para sacarlo del juego electoral en 2018 y así facilitar la consumación del golpe neoliberal que gobernó ese país desde la destitución de Dilma Rousseff en 2016. Un Brasil cuyo gobierno neofascista dispuso en 2020 abandonar la CELAC, a la cual ahora (2023) se reincorpora para relanzar el nuevo camino de la integración.

Lo que queremos decir es que sin ansiedades, sin recetas y a sus ritmos, las condiciones estarían dadas para la profundización de un nuevo momento progresista que mejore la vida de las mayorías populares, luego de tantos retrocesos agravados por la pandemia y el aprovechamiento de las condiciones extraordinarias que ésta generó para concentrar todavía más el capital. Pero, claro, no pretendemos hacernos acreedores de vaticinios, ni premoniciones, ni pronósticos, ni aventurarnos a explicitar un derrotero inexorable hacia la felicidad de nuestros pueblos. No nos pretendemos profetas del futuro popular que sin duda anhelamos. Sólo tratamos de aprender de la historia reciente y compartir cautelosas proyecciones mediante indicadores observables en la dinámica política y la lucha de clases.

Lo que queremos mostrar es la revitalización de los indicadores que dan cuenta del laborioso redespigue del ciclo político progresista que se había iniciado con el siglo XXI (BORON Y KLACHKO, 2023), no sin dejar de tener en cuenta la encarnizada resistencia y violencia a la que apelan las élites mediante instrumentos mediáticos y políticos que se nutren en el fascismo para obstruir o neutralizar los mecanismos democráticos. Estos, pese a sus limitaciones, constituyen un obstáculo a toda tentativa de reinstalación del brutal disciplinamiento social impuesto por las dictaduras genocidas que les permitió profundizar salvajes procesos de acumulación y concentración del capital.

En consecuencia, advertimos una continuidad de la actual coyuntura latinoamericana con aquel ciclo progresista que comenzó con los inicios del milenio. No estamos en presencia de un nuevo ciclo, de naturaleza diferente a aquél. Si bien se suman elementos, territorios y sujetos que antes no estaban, lo hacen agregándose a otros que muestran, en términos generales, una continuidad con el momento anterior, es decir: una “renovación del ciclo en un movimiento que se desarrolla en espiral” (Iñigo Carrera et al., 2020). Además, las condiciones generales bajo las cuales se desarrolló aquella primera etapa, signadas por la crisis del patrón de acumulación de concentración salvaje, centralización y extranjerización del capital –denominado “neoliberalismo”–, no solo persisten, sino que se han profundizado agravadas por la transición geopolítica.

Un elemento central que caracterizó al primer momento y continúa vigente, dándole sentido histórico a este “segundo turno”, es la permanencia de un núcleo duro que resistió a los embates del intento de recolonización (como prefiere decir Stella Calloni) o de restauración neoliberal (como lo expresa Rafael Correa). Lo integran Venezuela, Cuba, Nicaragua y Bolivia, esta última con el retorno al gobierno de la misma fuerza política luego de solo un año de haber sido desalojada violentamente por un golpe oligárquico y conservador. Otro elemento de continuidad es el regreso de coaliciones o alianzas políticas que ya habían sido protagonistas de la primera etapa del ciclo progresista, como en el caso de Argentina (aunque el sector que conduce ahora el país es mucho más moderado que el de la primera ola), Honduras después con el triunfo de Xiomara Castro y ahora Brasil, incluso con el mismo presidente.

Además, hay que recordar que la primera fase del “ciclo progresista” no arrancó como una experiencia radical ni abarcó a todo el territorio nuestroamericano. Se fue asentando paulatinamente al calor de la rivalidad imperialista y el desarrollo de las luchas de clases al interior de los respectivos países. Hoy la transición geopolítica se acentúa generando una mayor presión de la decadente potencia capitalista occidental sobre nuestra región. Pero al mismo tiempo, el multilateralismo que aquella alienta crea nuevas oportunidades para desarrollar un camino más independiente.

Nuestra hipótesis plantea que los procesos de constitución de gobiernos populares, abiertos con el triunfo electoral del chavismo desde 1999, pusieron fin a un período contrarrevolucionario que predominó (salvo en Cuba) desde mediados y/o fines de la década de los setenta, hasta el ciclo de la rebelión popular de la década de los noventa, para dar comienzo a una etapa diferente de la lucha de clases en la que las nuevas correlaciones de fuerzas políticas se plasman o cristalizan con ese ascenso de gobiernos populares. Estos, aun planteando los cambios dentro de los marcos del sistema capitalista, proponen reformas tendientes a favorecer los intereses populares, restándole iniciativa a los cuadros políticos del capital concentrado y recuperándola para las mayorías. Tal como era previsible, ese escenario generó la reacción de las clases dominantes que forman la retaguardia territorial del centro imperialista vigente desde mediados del siglo XX (es decir, EE.UU.), lo que llevó a la exasperación de la lucha de clases y sus expresiones políticas. Debe comprenderse que no hace falta que se desarrollen procesos revolucionarios para que las élites privilegiadas y articuladas con sus terminales en Washington reaccionen desplegando toda la furia de la contrarrevolución. Esta logró frenar el avance de la iniciativa popular desde abajo y desde arriba, hasta estancar o hacer retroceder al ciclo progresista a partir de 2015. Pero a pesar de la regresión, producto de una redoblada ofensiva imperialista, los sujetos conformados en ese primer ciclo, así como sus instrumentos políticos y su acumulación de experiencias, no se desarticularon y consiguieron retomar protagonismo e iniciativa con luchas crecientes desde 2019. Esta renovada conflictividad social hizo que algunas fuerzas progresistas, que habían sido desalojadas del gobierno, retornaran a él. Y además de la persistencia de los gobiernos revolucionarios en varios países del núcleo duro bolivariano, también se les suman los nuevos

gobiernos progresistas en aquellos países en los que la derecha no había dejado de gobernar; los casos de Chile, Perú, Colombia y, muy recientemente con el retorno de Lula al Palacio del Planalto, Brasil.

Este escenario, que podría ser caracterizado de polarización política y social, de las relaciones de fuerzas institucionales regionales generan condiciones de posibilidad para desplegar políticas públicas tendientes a satisfacer intereses y resolver necesidades del pueblo. Dependerá tanto de la voluntad política de quienes encabezan los gobiernos como de la capacidad popular de mostrar su fuerza en las calles y, que en todos los escenarios, se puedan utilizar las herramientas del Estado a favor de los pueblos, impulsando a los gobiernos progresistas a cumplir sus programas y desbaratando las aceitadas articulaciones de las clases dominantes concebidas para frustrar el impulso reformista procedente “desde abajo”.

Bibliografía

- Aharonian, Aram 2022 “La moderada nueva ola progresista y una derecha más intolerante” en *Rebelión*, 1 de agosto. Disponible en <<https://rebelion.org/la-moderada-nueva-ola-progresista-y-una-derecha-mas-intolerante/>>.
- Boron y Klachko 2023 *Segundo Turno. El resurgimiento del ciclo progresista en América Latina y el Caribe* (Buenos Aires: Luxemburg y UNDAV).
- Boron, Atilio 2012 *América Latina en la geopolítica del imperialismo* (Buenos Aires: Ediciones Luxemburg).
- Boron, Atilio y Klachko, Paula 2016 “Sobre el “post-progresismo” en América Latina: aportes para un debate” en *La Época* (La Paz) N° 738, 11 de septiembre. Disponible en <<http://www.rebelion.org/noticia.php?id=217125>>.
- Castro, Fidel 2019 (1962) *Segunda Declaración de La Habana* (Madrid: Unión de Juventudes Comunistas de España). Disponible en <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20191016113426/Segunda_declaracion_de_La_Habana.pdf>.
- García Linera, Álvaro 2021 “La segunda oleada progresista latinoamericana” en *NODAL*, 30 de noviembre. Disponible en <<https://www.nodal.am/2021/11/la-segunda-oleada-progresista-latinoamericana-por-alvaro-garcia-linera/>>.
- Gramsci, Antonio 1975 *El materialismo histórico y la filosofía de B. Croce* (CDMX: Juan Pablos Editor).



- Gramsci, Antonio 1999 (1932-1934) “Notas breves sobre la política de Maquiavelo” en *Cuadernos de la cárcel* (CDMX: Ediciones Era/Benemérita Universidad Autónoma de Puebla) Tomo 5, Cuaderno 13.
- Iñigo Carrera, Nicolás; Cotarelo, María Celia y Fernández, Fabián 2020 “El movimiento obrero organizado ante la ofensiva de la oligarquía financiera” en *Tempo Social* (San Pablo) Vol. 32, N° 1, 14 de abril. Disponible en <<https://www.revistas.usp.br/ts/article/view/165055>>.
- Klachko, Paula y Arkonada, Katu 2016 *Desde Abajo. Desde Arriba. De la resistencia a los gobiernos populares: escenarios y horizontes del cambio de época en América Latina* (La Habana: Editorial Caminos). Disponible en <http://partidodeltrabajo.org.mx/2017/wp-content/uploads/2017/04/Desde_arriba_Desde_abajo_final.pdf>.
- Serrano Mancilla, Alfredo (2022) “Latinoamérica: anatomía de la segunda ola de gobiernos progresistas”, disponible en <<https://www.pagina12.com.ar/480995-latinoamerica-anatomia-de-la-segunda-ola>>
- Vladimir Ilich Lenin 1905 *Dos tácticas de la socialdemocracia en la Revolución democrática* (varias ediciones)